

Mujeres en la academia. ¿Cambio de oportunidades?¹

Women in the academy. Changing opportunities?

Isabel Izquierdo

Investigadora independiente

Resumen

A nivel nacional, las estadísticas oficiales sugieren avances importantes en la participación de las mexicanas en la ciencia. Para contribuir al debate de esa idea, realicé un estudio con un grupo de investigadoras, explorando particularmente sus trayectorias y experiencias académicas a través de un análisis comparativo en tres décadas. El objetivo fue conocer si en todos esos años, las científicas identificaron o no cambios de oportunidades tanto en su formación académica como en su actividad profesional de investigación.

Palabras clave

Académicas, ciencia, desigualdades de género.

Abstract

Official statistics at the national level suggest that there are important advances in Mexican women's participation in science. To contribute to this debate, I studied a group of researchers, particularly exploring their academic trajectories and experiences through comparative analysis in three decades. The objective was to determine if in all of these years, scientific women identified or not changing opportunities, both in the academic formation and their professional research activities.

Key words

Female academics, gender equality, scientific research.

Introducción

El acceso de las mujeres mexicanas a la educación superior ha sido descrito como un proceso sistemático e ininterrumpido a partir de los sesenta [López: 2005: 84], especialmente en carreras de corte humanista y consideradas «femeninas». En áreas de las Ciencias Naturales y Exactas, sin embargo, fue hasta dos décadas después cuando la matrícula estudiantil de mujeres, tanto en la licenciatura y ligeramente en el posgrado, logró un cambio significativo. En 1980, las mujeres sumaron el 37% de la matrícula total en la licenciatura en dicha área, incrementándose a 40% una década después [Zubieta y Marrero, 2005: 54].

Respecto a la participación de la mujer en el ejercicio profesional de la ciencia, se encontró que en 1991 el acervo total de recursos humanos ocupados en actividades de ciencia y tecnología fue de 4,095, de las cuales 1,629 fueron mujeres. En el 2000, la cifra total alcanzó los 6,557, representando 2,955 para el género femenino [CINACyT, 2000: 205; PECyT, 2001-2006: 144]. Sin embargo, en el acceso a estímulos económicos de alto nivel, como la membresía en el sistema nacional de investigadores (SNI), la situación para las mujeres es menos favorable: en 1994 se registraron 5,879 miembros, de los cuales aproximadamente el 25% fueron mujeres; una década después el total se incrementó a 10,904 y las mujeres estarían representadas por un 31% pero, los niveles en donde se concentraron siguieron siendo los más bajos, candidato y I [Calleros, 2004: 8].

Estudios internacionales [Guil y Vila 2006: 125; De Pablo, 2001: 174; Tavares, 2006: 75] y nacionales [Narváez y Russell, 2002: 389; Russell, 2003: 8; García, 2007: 96] ya han documentado la cuestión de la segregación vertical en la carrera académica de las mujeres, su dificultad para acceder a la escala más alta de niveles y de estímulos económicos en la investigación. La particularidad de nuestra aportación radica en mostrar los cambios que las propias participantes experimentaron en su formación y carrera científica a través de un análisis comparativo en tres décadas.

Metodología

Para llevar a cabo esta investigación, realicé un análisis comparativo de la participación de las mujeres en la ciencia desde los setenta hasta los noventa. El objetivo fue conocer si en esos años las científicas del estudio identificaron o no cambios de oportunidades tanto en su formación académica como en su actividad profesional de investigación; para ello realicé entrevistas a profundidad, enfocándome particularmente en dos ejes analíticos (formación y trabajo académico).

El trabajo que presento tuvo la participación de un grupo de seis científicas que realizaron su doctorado en Ciencias en el extranjero en 1970-1980-1990 (dos académicas por cada década). Actualmente todas están adscritas en la categoría de profesora-investigadora de una universidad pública del centro del país.

Resumen de los resultados

Para estudiar ciencia ¿influye el género?

En el estudio, cinco de las entrevistadas se destacaron por ser la únicas científicas en su familia. Todas, sin excepción, reconocieron que desde la primaria tenían «destrezas» sobresalientes en materias como la Física, las Matemáticas y la Química y dijeron que habían sido estudiantes muy dedicadas. Además de las aptitudes, el «ejemplo» y los «consejos» de sus madres fueron fundamentales, incluso de aquellas que no eran profesionistas o no contaban con una situación económica favorable, su apoyo jugó un papel decisivo para que sus hijas se encaminaran en carreras científicas:

Mi mamá me proyectó un rol muy dominante porque, aunque ella era la típica ama de casa y mi padre era el que trabajaba, mi mamá era la que tenía las soluciones de todo y era muy tenaz, cuando quería hacer algo, no la paraba nadie. Eso se me fue quedando y pienso que por eso no tuve problemas para estudiar ciencia.

Yo quería estudiar una carrera corta porque eso era lo que yo sentía que me correspondía como mujer y también para ayudar económicamente en la casa. Pero ahí los que no me dejaron que estudiara una carrera corta fueron mis maestros y mi mamá. Mi mamá me decía que yo era muy buena estudiante, que yo siguiera estudiando, que ella ya no necesitaba [dinero] porque ella ya había mejorado mucho en su situación económica como secretaria, ella siempre estuvo actualizada, se superó muchísimo.

Desde pequeña se me facilitaban las matemáticas, todo lo que tenía que ver con la lógica, con razonar cosas. Cuando era *chiquita* me preguntaban '¿qué vas a ser de grande?' y yo les decía que quería ser astronauta porque me fascinaba todo lo que tenía que ver con la naturaleza, las estrellas, todo eso [...]. [Cuando empecé a estudiar la licenciatura en Ciencias] mi mamá desgraciadamente estaba en una posición de no *meterse*, pero no *meterse* porque no nos podía ayudar. Ella decía «yo quiero que ustedes estudien» pero económicamente no nos podía ayudar;

físicamente tampoco nos podía ayudar porque ella no estaba viviendo con nosotras [sus hijas]. A pesar de eso, siempre escuchamos de ella un «*échenle ganas*» [al estudio].

En algunos casos, la licenciatura en ciencias no fue la primera opción. Tres académicas (una de cada década) comentaron su inclinación por las ciencias sociales y las humanidades, sin embargo, su «amor» por las ciencias duras fue más fuerte. Todas las académicas entrevistadas hicieron una licenciatura en ciencias exactas. Cinco de ellas realizaron su carrera en instituciones públicas y una en una institución privada. Cuatro son físicas de formación, una química y una más ingeniera física.

Las científicas recordaron sus estudios universitarios como una etapa «fascinante» pero compleja porque muchas veces no sabían «para qué eran buenas» o tenían dudas de si su desempeño escolar era el correcto. A menudo, este tipo de pensamientos fueron originados en el propio ambiente universitario y propiciados por algunos catedráticos hombres. Este comportamiento se encontró especialmente en los setenta: «después de que yo había hecho todo el trabajo, el profesor me dijo que era obvio que yo no sabía nada, que el trabajo estaba bien y que era evidente que lo habían hecho los caballeros».

Las entrevistadas de la década de 1980 no detectaron ese comportamiento en sus profesores pero resaltaron las diferencias entre ser una y un estudiante en ciencias, tanto en la dedicación a los estudios como en las responsabilidades que ambos desempeñan en la familia y con la pareja:

Como yo era la mayor, me dijo [mi papá] «tú te vas a ocupar de atender hermanos, atender casa» [...], terminé mis estudios con muchísimos esfuerzos, me dediqué lo más que pude a salir adelante. Realmente en el caso de los hombres es mucho más fácil ¿no? Ellos sólo se dedican a los estudios, la mamá los atiende, les prepara la comida, tienen todo listo [...]. En el caso de mi novio, él no veía mucho de la problemática que yo tenía en casa.

Para el caso de las académicas de 1990 esa situación la encontraron diferente. Ellas apreciaron cambios en las últimas décadas para la «aceptación» de las mujeres en carreras científicas: hubo un «importante avance» porque «en los setenta había una o dos profesoras, ahora hay más. Y el número de chicas que estudian ciencias ahora es más grande; hay un gran porcentaje de mujeres en carreras que antes sólo se pensaba que eran para hombres».

Pasar de la licenciatura a los estudios de posgrado fue un proceso que se identificó como heterogéneo. No todas las científicas iniciaron sus especializacio-

nes inmediatamente, la motivación para estudiar fuera del país varió entre ellas, sus situaciones familiares y personales también.

Cuadro 1. Datos generales de las académicas al iniciar el doctorado.

Participantes en el estudio por década	Periodo de estudios	Edad	Estado civil	Hijos (as)	Tipo de trabajo remunerado antes del posgrado
Investigadora 1a (1970)	1973-1976	23	Casada	No	ninguno
Investigadora 1b (1970)	1978-1981/ 1983-1988*	32	Soltera	No	Elaboración de libros de texto
Investigadora 2a (1980)	1983-1988	25	Casada	No	Investigación
Investigadora 2b (1980)	1980-1983**	27	Casada	No	Investigación
Investigadora 3a (1990)	1993-1997	27	Casada	No	Docencia
Investigadora 3b (1990)	1992-1998	32	Unión libre	2	Docencia

Fuente: Elaboración propia. Tomada de los *currícula vitarum* y las entrevistas.

*Dos doctorados.

**Estudios de maestría y un año de doctorado.

Como podemos ver en el Cuadro 1, la mayoría inició sus estudios de posgrado entre los 25 y 30 años, tiempo después de que terminaran la licenciatura; esto estuvo directamente relacionado con su incursión en el ámbito laboral y no precisamente con las actividades relacionadas de crianza de hijos o matrimonio (incluso en el caso de la investigadora 3b). Esto se resalta porque las participantes en el estudio comentaron en lo general y considerando aun los casos de sus actuales alumnas, que estaban en desacuerdo cuando, en el ámbito universitario «se piensa que por tener hijos ya vas a dejar el trabajo o tus estudios».

La motivación para salir del país no siempre surgió de la propia académica, algunas veces esta idea fue alentada por sus profesoras y profesores, y al parecer el impulso de las parejas fue determinante, pues se trataba en la mayoría de los casos de compañeros de estudios doctorales, así que fue en cierta forma una decisión conjunta.

Hubo casos en que el irse al extranjero, fue la única opción para obtener una formación especializada. Esto lo identificamos principalmente en la década de los años setenta: «Salir era lo que todo mundo hacía porque había pocas opciones nacionales»; «Sentía como que había poca masa crítica, nunca consideré quedarme en México».

Actualmente el CONACyT concentra su oferta de becas hacia programas educativos nacionales (86.37%) y en menor medida se apoyan los estudios en el extranjero (13.63% de las becas) [CONACyT, 2008]. Esta tendencia se ha acentuado en los últimos años y está asociada al incremento en el número y calidad de programas en todas las disciplinas, lo que no ocurría en los años 70, 80 e incluso a comienzos de los 90. En su momento, todas las entrevistadas obtuvieron una beca del CONACyT para realizar sus estudios en el extranjero: cuatro en Inglaterra (una con maestría y un año de doctorado), una en Estados Unidos con un apoyo adicional del Banco de México y otra más realizó dos doctorados, uno de ellos becada por el Consejo, en Francia; el otro, en el vecino país del norte.

De los seis casos, se encontró a una investigadora perteneciente a la década de 1970 que dijo haber tenido una experiencia de discriminación cuando estudiaba el doctorado: «cuando estuve en Francia, había comentarios en el grupo como «no sé si lo van a poder hacer porque son mujeres». Una científica integrante del grupo de los ochenta comentó que su experiencia de discriminación fue en Estados Unidos, donde se quedó trabajando un tiempo, después e concluir los estudios, y no fue precisamente por ser mujer, sino por ser «preguntona y crítica».

En sus estancias en el extranjero, varias de las científicas procrearon. De las cinco que se fueron sin hijos, dos los tuvieron cuando estaban realizando sus estudios de doctorado y una más se embarazó, por primera vez, un poco antes de su examen doctoral; las dos restantes los tuvieron a su regreso a México, cuando ya estaban instaladas laboralmente. Ni en la etapa de gestación y durante los primeros años de crianza de sus hijos dejaron sus actividades científicas.

En el caso de las académicas que tuvieron hijos durante sus estudios de posgrado, aunque contaron con la cooperación de sus familiares, «como no tenía manera de obtener más tiempo para cuidar a mi hijo, ya te imaginarás, desfilaron por la casa de mi suegra, madre, hermana y hermano, que fueron los que me ayudaron. Ahí me ves haciendo de todo para salir adelante». Respecto de la ayuda de la pareja, también reconocieron que la mayor parte del trabajo recayó en ellas. Pero, en comparación con las experiencias de maternidad y matrimonio que las científicas vivieron, ellas distinguieron en la actualidad algunos cambios:

Antes era muy claro que el cuidado de los hijos iba a recaer en la figura femenina, siento que eso no pasa ahora. Siento que ya hay un compromiso de pareja desde el momento en que se acepta que ambos son útiles porque los dos cheques se necesitan. He visto que las parejas de mis estudiantes ya no son los mismos que antes, sigue quedando mucho trabajo pero por lo menos ya hay un poco de respaldo de parte de

los hombres. Además, antes era frecuente que tú pensaras en la casa, en el matrimonio, en los hijos. Yo siento que *aborita* la mujer académica no necesariamente piensa en casarse, si va a tener una pareja no necesariamente se casa y los hijos no tienen que venir tan pronto. Todo ese esquema de antes, que quizá a nosotras no nos limitó pero que sí nos complicó la vida, ahora se está desdibujando.

En el periodo de estudio (1970-1990) el CONACyT tuvo varios problemas con respecto a los apoyos financieros que brindaba, provocados especialmente por las crisis económicas del país y por la miopía de quienes dirigieron el Consejo. En 1980, por ejemplo, se identificó un caso en el que las autoridades del CONACyT argumentaron «falta de recursos» y «proyecto no prioritario» para retirar la beca de doctorado, provocando que la estudiante (investigadora 2b) no concluyera una investigación que de haber continuado, traería beneficios directos a las mujeres mexicanas:

En 1983 me llegó una carta diciendo que por problemas a nivel nacional y porque mi proyecto no tenía ningún significado para México, me cortaban los apoyos. Siendo que mi proyecto de doctorado tenía que ver con el control natal, yo no estaba viendo celulitas raras, mi proyecto era algo muy plausible porque era un aparato para poder determinar el tiempo fértil o no fértil en el ciclo menstrual de las mujeres, pero ellos dijeron que mi proyecto no era prioritario para México.

El trabajo académico ¿discriminación de género?

El ejercicio profesional de la actividad científica propiamente dicha, inició una vez que las investigadoras culminaron sus estudios de doctorado, particularmente para aquéllas que estudiaron en la década de los setenta porque el «posdoctorado todavía no era exigido» en el país. De las seis científicas, dos realizaron un posdoctorado, ambas en Estados Unidos, las demás intentaron incorporarse inmediatamente al campo laboral. Dos de las seis académicas manifestaron su deseo por quedarse en el extranjero pero finalmente todas regresaron al país «la crisis en México estaba tan mal que teníamos mucho miedo de regresar. Sin embargo, allá [Inglaterra] también había una crisis fuerte, se cerraron escuelas como nuestro *College*, hubo recortes, hubo programas de jubilación temprana muy feos, muy fuertes».

De las que hicieron su doctorado en 1970 y 1980, tres dijeron no haber tenido problemas para encontrar trabajo «los pocos grupos de investigación que había, mandaban a sus estudiantes fuera para que regresaran con ellos. Nuestros

tutores de la licenciatura nos dirigieron hacia el doctorado y nos abrieron la puerta al regreso. Actualmente ningún tutor de licenciatura puede ofrecer eso». Esa diferencia fue puesta en evidencia principalmente en los noventa, cuando las doctoras regresaron al país y ya no había oportunidades laborales muy claras «llegamos a México y éramos unos pos-doctorantes [ella y su compañero] desempleados. Íbamos con nuestro *curriculum vitae* a todas partes, casi, casi de puerta en puerta buscando trabajo». La investigadora, integrante del grupo de los noventa, agregó:

Se piensa que los que se van al extranjero regresan con la mano en la cintura porque tienen trabajo pero, ahora ya no es así porque ya ni siquiera te dan un empleo, una plaza. Te dicen «te ofrezco un pos-doctorado», es como si siguieras estudiando, no hay ninguna seguridad, no te pagan antigüedad, no hay nada. Y todavía te dicen «vienes aquí y si muestras que puedes publicar no sé cuantos artículos entonces, puede ser que te podamos abrir una plaza». La cosa está muy difícil *aborita*.

Las percepciones de estas científicas sobre la dificultad de encontrar empleo en el país no son únicas, fuentes internacionales lo corroboran como una de las razones del *brain drain*. Justamente fue en la década de 1990 cuando la fuga de cerebros mexicanos alcanza un 10.3% [Carrington y Detragiache, 1998: 22], incrementándose una década después con el 16.5%, tan sólo hacia los Estados Unidos [Adams, 2003: 27].

Una vez instaladas en sus centros de trabajo, ambas de la generación de 1990, señalaron haber pasado por experiencias de «discriminación de género»:

Estábamos platicando sobre qué hacer para empezar a trabajar, uno de los presentes nos dijo a una chica y a mí «nada más que les tenemos que decir que aquí no se paga mucho pero, bueno, ustedes son mujeres y yo creo que les alcanza bien ¿no?» Ese tipo siempre tenía actitudes terribles con todas las mujeres, lo que pasa es que nadie lo *pelaba* o no les importaba. Decía «tú eres mujer, tú quisiste trabajar, pues ahora trabajas para mí». [...] A mí me decían mis colegas hombres «es que tú eres muy feminista, estás en el polo extremo, ya déjalo, no lo tomes en cuenta».

Sobre este mismo tipo de experiencias, otra académica comentó.

Hubo cambio de director en mi instituto, llegó un hombre que odiaba a las mujeres; si él llegaba a un laboratorio y veía a mujeres trabajando decía «¿Ustedes qué hacen aquí?, Deberían estar en su casa haciendo de comer». Tenía actitudes misóginas, pero nadie decía nada.

Ambas investigadoras terminaron por cambiarse de su centro de trabajo por esa razón. Actualmente siguen en la misma institución pero en otras dependencias, sin embargo, las personas a las que hicieron referencia, continuaron en sus puestos. Una científica explicó que muchas veces ese tipo de discriminación existe porque «a los hombres todavía les duele que seamos más eficientes, que avancemos más rápido; como que el avance de las mujeres es castrante para algunos hombres».

Otra de las cuestiones que las científicas tuvieron que enfrentar a su regreso, fue el proceso de integración al sistema educativo y de investigación nacional: «Tuve dos traumas a mi regreso: cuando recibí mi cheque con una miseria me senté a llorar [y] la paupérrima infraestructura que había en mi centro de trabajo, aunada a la pequeña masa crítica de científicos con la que tenía que interactuar».

Además, reconocieron que haber estudiado en el extranjero les dio «prestigio» y «respeto» porque para ellas, su doctorado tuvo un «alto grado de dificultad» y «mucho mayor cantidad de trabajo que lo que pones en México»; incluso recordaron que en 1980 «había el argumento de que te respetarían más si te ibas al extranjero». Una de las entrevistadas explicó su experiencia de la siguiente manera:

El ambiente americano es extremadamente competitivo, los estudiantes son así como los esclavos de los profesores y siempre viven en una dinámica de que «era para ayer, para ayer y quiero más, más». El ambiente europeo es más relajado, ahí ciertamente el aprecio a la cultura, el desarrollo íntegro del individuo pesa mucho. Aquel que hizo el doctorado en Europa habla pestes del doctorado gringo, no de la calidad de las tesis, esas las reconocen como muy buenas. Pero, de la formación, de toda esa competitividad tan exagerada [...]. Yo me formé en el ambiente americano, en donde sí te digo que es muy demandante y cuando lo comparas con el ambiente mexicano, con el posgrado en donde estoy, que es el ambiente que yo conozco, los muchachos están en la gloria.

Cinco de las seis integrantes del estudio se han mantenido como científicas altamente productivas tanto en investigación (proyectos de investigación financiados, artículos publicados con arbitraje internacional) como en la formación de recursos humanos (licenciatura y posgrado). De las dos investigadoras que realizaron su doctorado en 1970, una de ellas actualmente cuenta con el máximo reconocimiento gubernamental al trabajo de investigación (nivel III en el SNI) y en su institución goza de un estímulo económico a la productividad. La otra científica continúa buscando su promoción. Para las académicas que realizaron su posgrado

en la década de los ochenta, una de ellas (con estudios de maestría y un año de doctorado) se dedicó a la administración de la ciencia y a la docencia, la otra cuenta con el máximo nivel en estímulos económicos en su institución y pertenece al nivel II del SNI. En el caso de las académicas jóvenes, ambas están iniciando su promoción.

Particularmente en el desempeño del trabajo académico de las científicas se identificaron tres tipos de problemas: la tradición disciplinar, la estructura organizacional vertical, y finalmente, las políticas de evaluación del CONAGyT. El primer caso tiene que ver con el desarrollo de la investigación experimental *versus* la teórica. Las científicas que trabajan en la primera de ellas comentan que su incursión en la investigación ha sido «mucho más difícil» que aquéllas que se desempeñan en la investigación teórica porque éstas:

[...] tienen más libertad y no necesitan de mucho material, yo me tengo que pelear hasta para conseguir agua para mis experimentos [...] Aunque no lo quieras creer, he pensado en cambiarme de área porque en México realmente no existen condiciones para el trabajo experimental.

En el caso de la organización vertical de los establecimientos universitarios, tres investigadoras reconocieron algunas prácticas no satisfactorias en el trabajo científico:

Llegué y vi a algunos como propietarios de los equipos y que nos tenían a los demás como sus productores de artículos, porque a fuerzas tenían que ser los co-autores.

Otra señaló:

[...] Me dijo [el investigador con quien llegué] que yo iba a trabajar para él y yo pensé «estás loco, trabajamos juntos», no porque yo tuviera menos tiempo en la universidad eso quería decir que yo sería su asistente personal.

El tercer problema tuvo que ver con los criterios de evaluación del SNI. Una académica comentó que en el periodo de su renovación de su membresía al Sistema nacieron sus hijos y señala:

[...] tuve incapacidades por mis embarazos y a lo mejor ellos [los evaluadores] esperaban más trabajo. A lo mejor en ese periodo no se notó mi ritmo de producción y me sacaron. A la mejor por eso dijeron «ésta no va a llegar a investigadora».

Una diferencia que se detectó en las tres generaciones fue la relacionada con la formación de recursos humanos y las oportunidades de trabajo. Las entrevistadas, especialmente las que estudiaron su doctorado en la década de los años setenta y ochenta, afirmaron que las generaciones que se forman en la ciencia han cambiado: «Antes la motivación de la mujer y del hombre era más genuina. Ahora, mi impresión es que la razón económica pesa más, antes encontrábamos trabajo más rápido, ahora el joven se sostiene con su beca»; «la carrera de física tiene menos mujeres que varones y luego, el camino hacia la investigación es más difícil para el sector femenino que para el masculino porque una mujer siempre tiene más cosas que sacrificar, tiene otros compromisos que asume, entre la familia y el trabajo». Justamente, en torno a los compromisos de familia que la mujer «asume», se comentó: «Ahora, las mujeres no sólo no se casan muy jóvenes sino que tardan para tener hijos. En nuestra generación [1970] nos parecía normal casarnos y tener hijos pronto, lo veíamos como nuestra misión en la vida».

Si bien compaginar simultáneamente el trabajo de investigación con el «rol de madre y esposa» no ha cambiado demasiado, algunas comentaron, sin embargo, que los avances registrados han sido posibles en gran parte, gracias al esfuerzo que las propias mujeres en la ciencia han realizado a lo largo de los años y al «cambio» de percepción que la sociedad en general tiene del trabajo de las mujeres:

De alguna manera yo asumía la mayoría de las actividades caseras [...] yo consideraba que el trabajo de la madre era así, y que una madre tenía que asumir muchísimo más que un padre. Eso, en mi generación [1970] así se sentía, sentíamos que eso le tocaba a la mujer. Por un lado, había que liberarse pero por otro lado, había que hacer toda una serie de cosas. Yo creo que mi generación ha trabajado más que ninguna en la historia, porque asumimos todo lo nuevo y seguimos cargando con todo lo viejo. Yo siento que las nuevas generaciones ya no son así. Nosotras considerábamos que era un privilegio tener esa carga y que era un privilegio ser la super-mamá.

Y en el caso particular de la ciencia, ante la pregunta de que si existe algún cambio con respecto de la percepción y actitud que tienen las propias científicas al evaluar el trabajo académico de sus colegas y el desempeño escolar de sus estudiantes mujeres, las especialistas respondieron lo siguiente:

Yo no creo que la formación académica dependa del género, ni la calidad, ni la excelencia. Yo pienso que una debe de competir a nivel intelectual y punto. En un nivel de excelencia, la ciencia no tiene género.

Por supuesto que las escuelas deforman, no solamente para las mujeres, si no deforman socialmente pero, a nivel de formación profesional, yo nunca cortarí con una tijera diferente a un hombre de una mujer. Y jamás en una evaluación académica le pondría un punto diferente sólo por ser mujer [...] creo que hay que tener cuidado en ese tipo de juicios porque a la hora de la hora, lo que cuenta es lo que sabes y eso es lo que debe decidir una situación.

Yo le tengo pavor a que una alumna se me *ponche*, a que se me quede en el camino. Les exijo más a ellas que a los hombres porque el daño que le pueden hacer a las carreras de las mujeres que vienen atrás de las que se quedan a medias, es enorme. No me importa que se vaya a medias un muchacho, pero en una estudiante eso no lo permito.

Estas apreciaciones reflejan la necesidad de reafirmar la calidad y valor académico del trabajo de las mujeres, que están siempre «en la mira» de los colegas varones, y esta visibilidad en parte motiva mayores exigencias que las aplicadas a los mismos varones.

Consideraciones finales

Los resultados anteriores ponen en el debate la idea generalizada — en el ámbito gubernamental— de que actualmente las mujeres académicas cuentan con grandes cambios a su favor. El acercamiento a las experiencias particulares de las científicas, tanto en la formación como en el trabajo profesional de la ciencia, puso de relieve que aún no se han alcanzado los cambios que se requieren para lograr equidad de mujeres y hombres en las aulas, especialmente en el ámbito laboral.

Vimos que en general la influencia familiar fue un aliciente para que las entrevistadas estudiaran carreras científicas, lo que ocurrió tanto antes de los estudios para tomar la opción de realizarlos, como durante los mismos, cuando las redes familiares permitieron compaginar el trabajo científico con la crianza y cuidado de los hijos/as. En cambio, los obstáculos se perciben más fuertemente al momento de interactuar con sus pares, particularmente con los masculinos (compañeros, profesores), quienes en algunos casos cuestionaron su «capacidad» para los estudios aun cuando la realidad demostraba que ellas eran brillantes en su desempeño escolar.

La formación en el doctorado estuvo apoyada por el CONACyT. Esto no exime al Consejo de la deuda histórica que tiene con las mujeres, porque en los años de vida del programa de becas sólo el 30% de los apoyos fueron otorgados para este género y la brecha entre mujeres y hombres es más significativa cuando

se observa el número de becas otorgadas para estudiar en el extranjero. Por ejemplo, en los noventa se nota un incremento de las mujeres en la obtención de becas a nivel nacional, de 25% en 1985 a 41% en 1997 y a 45.4% en 2007; pero en el caso de los apoyos al extranjero aun existen rezagos porque de los becarios vigentes a fines de 2007, de cada cinco: dos eran mujeres y tres hombres. Y esto se acentúa más en algunas disciplinas, por ejemplo de las 2,535 becas otorgadas al extranjero en el periodo 2001-2006, 78 fueron para Física y sólo 20 becas se registraron para mujeres.²

En el segundo aspecto, las investigadoras participantes en el estudio identificaron a la década de 1990 como de «endurecimiento académico» para su participación en el trabajo científico, no sólo por las políticas de evaluación implementadas por el CONACyT (que afectan tanto a hombres como mujeres); sino también por las experiencias de «discriminación de género» a las que se enfrentaron en sus espacios de trabajo. Los resultados que se presentan, sugieren que conforme pasó el tiempo y dichas académicas avanzaron en la participación de la ciencia (de la formación al ejercicio profesional), las actitudes negativas de sus colegas, — los científicos varones— también han cambiado.

Con respecto a los apoyos federales para el posgrado y para la incorporación laboral, advertimos algunos cambios: la reorientación de apoyos del CONACyT para el posgrado a nivel nacional hacia la disminución de becas hacia el extranjero y las escasas oportunidades de empleo para las científicas y científicos en las décadas recientes.

Vale la pena profundizar en los estudios en torno a la participación de las mujeres en la ciencia con muestras representativas, enfocándose particularmente en su incorporación laboral (ingreso, permanencia y promoción) en centros de investigación y establecimientos universitarios públicos y privados de todo el país. Esto permitiría tener mayores elementos para diseñar e implementar políticas públicas que fomenten la equidad de oportunidades laborales para las mujeres científicas en México. ●

Recepción: Septiembre 26 de 2007

Aceptación: Junio 20 de 2008

Isabel Izquierdo

izcam@hotmail.com

Mexicana. Maestra en planeación y desarrollo de la educación por la Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Xochimilco. Investigadora independiente.

Notas

¹ Esta investigación se llevó a cabo gracias al financiamiento brindado por el Dr. Ramón Hernández Lamonedá, CIQ-UAEM. Agradezco la participación de las científicas en este estudio y los valiosos comentarios de la Dra. Jane Russell, investigadora del CUIB-UNAM, a la primera versión de este escrito.

² Agradezco al CONACyT la información proporcionada.

Bibliografía

- Adams, Richard H. (2003). *International migration, remittances, and the Brain Drain. A study of 24 labor-exporting countries*. Washington, D.C.: World Bank. En: www2.gtz.de/migration-and-development/download/adams.pdf
- Calleros Rincón, María de Jesús (2004). *La administración de la ciencia y la influencia de género*. México: CONACyT. Disponible en: redgsa.uach.mx/taller/index_archivos/Ma%20de%20Jesus%20Calleros.ppt.
- Carrington William J. y Enrica Detragiache (1998). *How big is the Brain Drain? International Monetary Fund*. Disponible en: www.imf.org/external/pubs/ft/wp/wp98102.pdf.
- CONACyT (2000). *Indicadores de actividades científicas y tecnológicas 1990-1999*, México: SEP-CONACyT.
- CONACyT (1995). *Becarios del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología en el Extranjero*. México: CONACyT.
- De Pablo, Flora (2001). «Las científicas y el techo de cristal». En Viky Frías Ruiz (editora). *Las mujeres ante la ciencia del Siglo XXI*. Universidad Complutense de Madrid, España: Instituto de Investigaciones Feministas.
- García Guevara, Patricia (2007). «El género y la carrera de la ingenieras ejecutivas: recortes de historias de vida y trayectorias». En *Género, cultura y sociedad*. México: Serie de investigaciones del PIEM-COLMEX.
- Guil Bozal, Ana y Raquel Vila Parra (2006). «Visibilizando diferencias entre áreas de conocimiento». Ponencia presentada en el VI Congreso Iberoamericano de Ciencia, Tecnología y Género. Zaragoza, España. Septiembre.
- López Villegas, Virginia (2005). «El discurso de la ciencia: líneas de investigación de las físicas mexicanas». En :

- María Luisa Rodríguez y Judith Zubieta (coords.). *Mujeres en la ciencia y la tecnología: Hispanoamérica y Europa*. México: UNAM.
- Narváez Nora y Jane Russell (2002). «El factor de género en las estadísticas del CONACyT, México». En: Albornoz, M. (ed.). *Indicadores de ciencia y tecnología en Iberoamérica. Agenda 2002*. Buenos Aires: RICYT.
- CONACyT (2007). *Sistema integrado de información sobre investigación científica y tecnológica*. Estadística de becas nacionales y al extranjero. Diciembre. Disponible en: <http://www.sicyt.gob.mx/siicyt/referencias/muestraEstadísticas.do>
- Russell, Jane (2003). «Los indicadores de producción científica por género. Un caso especial». Trabajo presentado en el Tercer Taller de Obtención de Indicadores Bibliométricos de la RICYT, CINDOC. Madrid, España. Marzo.
- Tavares da Costa Rocha, Cristina (2006). «Género en acción: rompiendo el tejado de vidrio ¿surgiendo nuevas identidades?». En: De Carvalho y Tamanini (organizador). *Diversidad cultural, género y tecnología: un abordaje interdisciplinario*. Brasil: UTFPR.
- Zubieta García, Judith y Patricia Marrero Narváez (2005). «Abriendo brecha: la educación científica de la mujer en México». En: María Luisa Rodríguez y Judith Zubieta (coordinadoras). *Mujeres en la ciencia y la tecnología: Hispanoamérica y Europa*. México: UNAM.

